



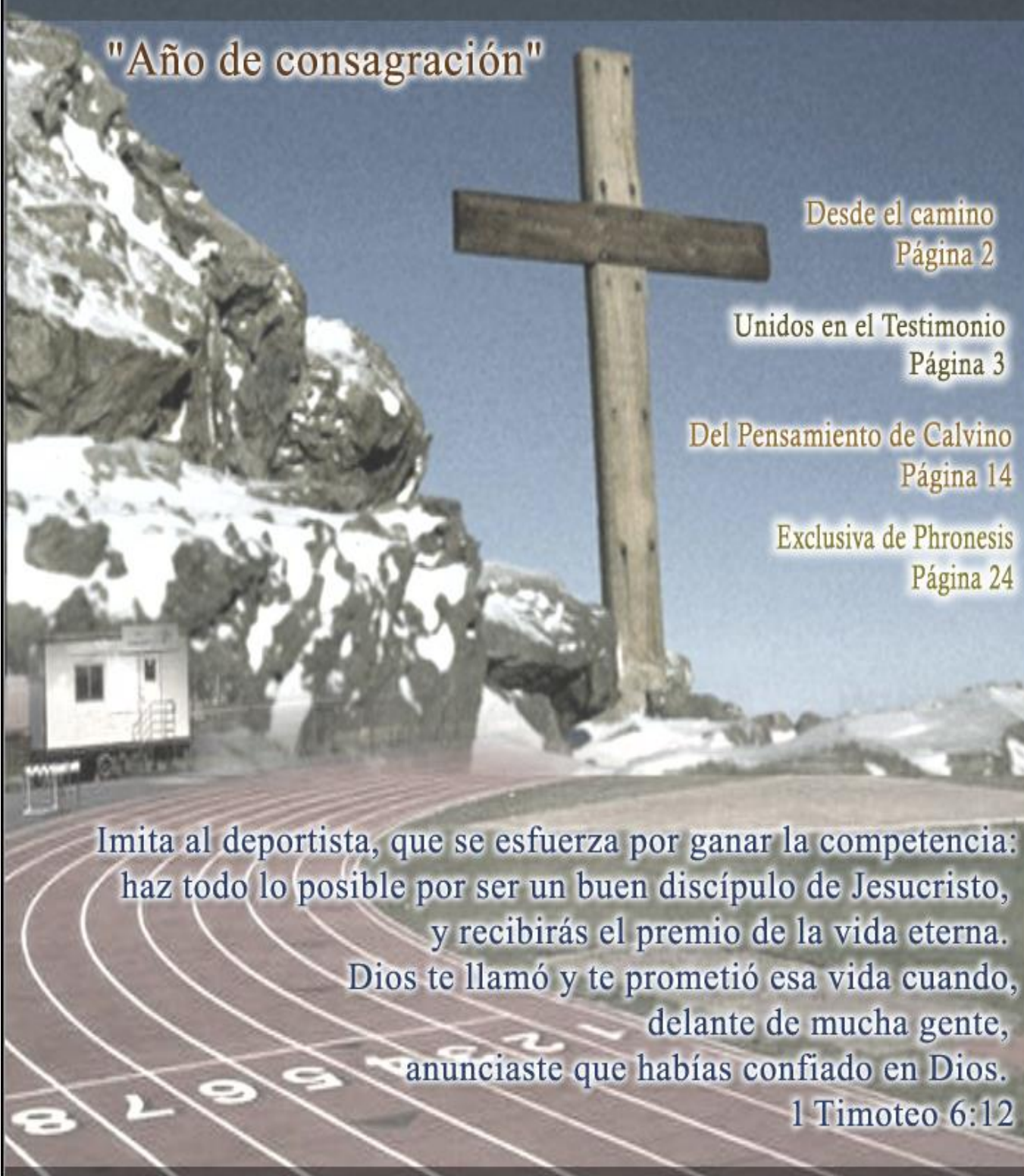
"Año de consagración"

Desde el camino
Página 2

Unidos en el Testimonio
Página 3

Del Pensamiento de Calvino
Página 14

Exclusiva de Phronesis
Página 24



Imita al deportista, que se esfuerza por ganar la competencia:
haz todo lo posible por ser un buen discípulo de Jesucristo,
y recibirás el premio de la vida eterna.
Dios te llamó y te prometió esa vida cuando,
delante de mucha gente,
anunciaste que habías confiado en Dios.
1 Timoteo 6:12

PHRONESIS

Revista de la MEI - ICRC
No. 18 Enero 2016

Publicación Semestral
de la MEI - ICRC
Calle 15 # 6026
entre 60 y 62,
Jagüey Grande,
Matanzas. Cuba

Código Postal 43 100
Teléfono: 91 28 78
Email: davi@enet.cu
jaguey@enet.cu

Fundador:

Lic. Yordanys Díaz Arteaga

Director:

MSc. Heber Juan Sánchez Ordoñez

Asesor:

Lic. Alexander M. Santiesteban
Ortega

Diseño

Ing. Yusleimi González Cedeño

Comité de Revisión General:

Lic. Madelén Durán Rivera
Lic. Marely Caballero González
Ing. Iván Yepes Ávila
Lic. Yordanys Díaz Arteaga
Lic. Alexander M. Santiesteban
Ortega

Consejo Edición y Redacción:

MSc. Heber Juan Sánchez Ordoñez
Ing. Yusleimi González Cedeño
Colectivo de Autores

Distribución y Suscripción:

Sem. Yailín Morales León

*Los artículos publicados
reflejan no solamente los
criterios de los autores, sino
la posición doctrinal de la
Iglesia Cristiana Reformada
en Cuba.*

*Para la reproducción de los
textos de esta publicación se
requiere citar su procedencia.*

Suscribase en: Ministerio
Nacional de Educación
Cristiana ICRC
Cuota de Suscripción Anual:
\$ 10.00 MN

Sumario

Editorial	1
Desde el Camino	2
Unidos en el Testimonio	3
Historia y Actualidad	5
Reflexión Pastoral	9
Entre Libros	12
Del Pensamiento de Calvino	14
Recursos Litúrgicos	18
Acontecer Nacional	21
La Exclusiva de Phronesis	24
Familia Cristiana	29
Teología Bíblica	32
Bosquejos Bíblicos	35
Curso Bíblico	36
Entretencimientos Bíblicos	39



Estimados lectores:

Nos honra poner a su consideración la edición decimoctava de *Phronesis*. Comenzamos un nuevo año civil, que nuestra Iglesia Cristiana Reformada en Cuba ha dedicado a la Consagración. En consonancia con esto, nuestra publicación nos enfrenta a una pregunta tanto personal como comunitaria: “¿Qué ofrecemos a Jesús?”, basada en el ejemplo de los magos del Oriente que, en su entrega cumplían, sin saberlo, la profecía de Isaías 60:6 “*Multitud de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efa; vendrán todos los de Sabá; traerán oro e incienso, y publicarán alabanzas de Jehová.*” Reflexionemos en esto a lo largo de este nuevo año, ¿hasta qué punto estamos cumpliendo la Palabra de Dios?

En este número continuamos la sección: “Unidos en el testimonio”, con las biografías de dos importantes mártires: san Ignacio de Antioquía y Guido de Brés, que en los siglos II y XVI después de Cristo (DC), respectivamente, sellaron su confesión de fe con su misma sangre, dejándonos un ejemplo de consagración.

En “Historia y Actualidad” proseguimos la serie de artículos denominados *El contexto religioso de los Evangelios*, de César Vidal Manzanares. Dedicamos este espacio a los saduceos, los escribas, los esenios y, como parte de estos últimos, la secta de Qumram, tan importante, aunque heterodoxa, por la preservación en el Mar Muerto de copias de los rollos del Antiguo Testamento anteriores al Texto Masorético.

“Del pensamiento de Calvino” nos trae importantísimos consejos acerca de la consagración al Señor y la perseverancia en una vida de santidad con el escrito con que comenzamos la pasada edición: “*El Libro de oro de la verdadera vida cristiana*”: manual de piedad en medio de un mundo que se olvida de Dios.

La “Exclusiva” nos ofrece la Declaración adoptada por nuestra Iglesia Cristiana Reformada en Cuba sobre la homosexualidad y otras conductas afines y cuál debe ser nuestra actitud como feligreses ante ella; tema polémico en nuestros días, sobre todo ante la proliferación de la homofilia y la fobia a la homofobia. Somos invitados a poner nuestros criterios y sentimientos a un lado para acogernos a las exhortaciones y mandamientos de la Palabra de Dios que, a fin de cuentas, es el manual que el fabricante de los seres humanos dejó escrito para su correcto y pleno funcionamiento.

Hasta el próximo número...



Por: Rev. Lázaro Félix Gómez Fundora
Presidente de la ICRC

¿Qué ofrecemos a Jesús?

Mateo 2, 11

Ha comenzado un nuevo año y reitero mis felicitaciones a todas nuestras iglesias y congregaciones y a cada familia pastoral. Recién celebramos la Navidad y muchas de nuestras iglesias celebran la Epifanía, en la cual se hace énfasis en el acto de Dios, a través de su revelación a los gentiles.

Como todo nuevo año nos presenta sus desafíos, mucho ha recorrido la iglesia y mucho tendrá que recorrer para llevar a cabo su obra evangelizadora.

El pasaje motivo de reflexión trata en cuestión de unos magos, que la tradición ha dado nombres a ellos, Melchor, Gaspar y Baltasar, pero que las Sagradas Escrituras omiten sus nombres.

Estos magos de tierras lejanas, que posiblemente se dedicasen al estudio de los astros, identificaron la aparición de una estrella con el nacimiento del Mesías, o como ellos lo interpretaban, el nacimiento de un Rey, digno de adoración, no de un rey cualquiera, sino el del Rey prometido por Dios.

Salieron en busca del lugar venciendo todos los obstáculos encontrados en su camino, preguntando aquí y allá, hasta llegar al sitio donde la estrella se detuvo y encontrar al niño con su madre.

¿Para qué buscaban al niño aquellos hombres? Los guiaba una estrella, pero iban con un propósito específico, adorar al niño que había nacido. No cesaron en su empeño, lo hallaron y en ese mismo momento adoraron. Lo hicieron abriendo sus tesoros y ofreciendo oro, incienso y mirra.

Desde el punto de vista de los magos ofrecieron adoración al Rey con lo mejor de sus dones, lo máspreciado por ellos, convencidos de que el niño lo merecía; no importó el sacrificio y el valor de lo depositado a sus pies, lo importante era el reconocimiento del niño como el cumplimiento de la promesa. Dios se manifestaba plenamente en el niño nacido.

En la revelación dada por el ángel a José, se da un nombre para el niño. José y María debían obedecer a Dios y llamar al niño con el nombre de Jesús. Su misión era salvar al mundo de la condenación por el pecado. Los magos, quizás sin saberlo, adoraron al Salvador. Dios venía en la persona de Jesús a salvar.

Debemos hacernos la pregunta para reflexionar. ¿Qué podemos ofrecer a Jesús? No tenemos oro, incienso y mirra como los magos. Entonces, ¿cómo podemos adorar? A Dios se le adora en espíritu y verdad y así como los magos depositaron sus dones, solo debemos depositar el nuestro. Ofrezcamos a Dios nuestro don máspreciado: el corazón.

El corazón, en términos bíblicos, es donde se encuentran nuestras emociones y sentimientos de todo tipo, buenos y malos. No podemos decir que todas las cosas que los magos poseían eran del mismo valor, pero lo que ofrecieron fue lo mejor. Así tampoco todo lo que hay en nuestro corazón es bueno, hay cosas feas. Pero si hemos sido regenerados por el Espíritu de Dios, lo feo se desecha y entonces, tenemos cosas bonitas para ofrecer a Dios porque el amor de Cristo está en nosotros. Hagámonos el compromiso para este año que recién comienza, de ofrecer a Dios lo mejor de nosotros y adorarle, tal como lo hicieron aquellos viajeros de tierras lejanas. Amén.

Unidos en el testimonio



Ignacio de Antioquía nació alrededor del año 35 DC, en Asia Menor. Poco se sabe de su vida, excepto en su última parte. Es uno de los “Padres Apostólicos”, por pertenecer a las generaciones de pastores que fueron discípulos de los apóstoles o de los que fueron enseñados por ellos. Como de acuerdo a la usanza de la época un creyente sólo podía llegar a ser obispo luego de estudiar varios años con su predecesor, probablemente Ignacio conociera el Evangelio cuando Bernabé predicó en la ciudad, por entonces la tercera más populosa del Imperio Romano, madre de las iglesias de la gentilidad y donde por primera vez los discípulos fueron llamados “cristianos”. Por consiguiente, debió haber sido discípulo de san Pedro cuando predicó en la ciudad. Fue ordenado al santo ministerio por san Pablo, antes de comenzar su tercer viaje misionero.

Al cabo de los años, en sustitución de Evodio, fue elegido obispo de la comunidad, oficio que desempeñó por varios años hasta su ancianidad. Fue en el marco de las persecuciones a los cristianos que se produjo un alboroto en la iglesia antioqueña, debido a grupos que se llamaban a sí mismos “carismáticos” que intentaban gobernarla al margen de los oficiales por ella elegidos. Esto causó que las autoridades apresaran al anciano obispo para enviarlo al emperador Trajano como un presente para el espectáculo de las fieras en el circo, con motivo de los grandes festejos que se estaban organizando para celebrar la victoria sobre los dacios.

Fue así que comenzó el trayecto que haría famoso a Ignacio y que, por el testimonio de fe que dio a lo largo de su viaje a Roma, encadenado y custodiado por una decuria de legionarios, ocasionó que se le conociera con el sobrenombre de *Teóforo*, o sea, Portador de Dios. Al conocer la noticia de su aprehendimiento y traslado hacia el suplicio, multitudes de cristianos, presididas por sus pastores, le fueron saliendo al encuentro en cada una de las ciudades por las que pasaba para animarlo y hacerlo más llevadero el camino. A la par, el anciano obispo escribió siete cartas a cinco de las iglesias de Asia (Éfeso, Magnesia del Meandro, Trales, Filadelfia y Esmirna), una a la de Roma y otra a Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo del apóstol Juan. En ellas exhortaba a los creyentes a mantenerse firmes en la verdadera fe, les recordaba puntos esenciales de la doctrina y les daba consejos útiles para su vida cristiana. En su estilo muestran mucha afinidad con los Evangelios de san Mateo y san Juan, así como eco de las epístolas paulinas, cuyas copias debieron haber sido enviadas a Antioquía por ser ella una de las iglesias donde el apóstol pasó más tiempo trabajando.

Avisado de que la Iglesia de Roma quería hacer gestiones para evitarle el martirio, les escribió:

“Dejadme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro de Cristo. (...) Entonces seré verdaderamente un discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no pueda ver mi cuerpo. Rogad al Señor por mí, para que por medio de estos instrumentos pueda ser hallado un sacrificio para Dios. No os mando nada, cosa que hicieron Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo soy un reo; ellos eran libres, pero yo soy un esclavo en este mismo momento. Con todo, cuando sufra, entonces seré un hombre libre de Jesucristo, y seré levantado libre en Él. (...) Ahora estoy empezando a ser un discípulo. Que ninguna de las cosas visibles e invisibles sientan envidia de mí por alcanzar a Jesucristo. Que vengan el fuego, y la cruz, y los encuentros con las fieras dentelladas y magullamientos, huesos dislocados, miembros cercenados, el cuerpo entero triturado, vengan las torturas crueles del diablo a asaltarme. Siempre y cuando pueda llegar a Jesucristo.”

Ignacio fue martirizado en Roma el 20 de diciembre del 107 DC: lo arrojaron vivo a las fieras en el circo, que lo devoraron casi completamente. Lo que quedó de su cuerpo aguarda la resurrección en Antioquía de Siria.

Unidos en el testimonio



Guido de Brés, mártir de la Reforma protestante, nació en Mons (Bergen), capital de Henao, la más al sur de las Diecisiete Provincias (hoy en Bélgica), donde pasó su niñez y se inició como aprendiz con un pintor de cristales. Ya para entonces la Fe Reformada había echado raíces y desde su adolescencia pudo poseer una Biblia propia, a cuyo estudio dedicó gran parte de su tiempo libre. En 1548 pasó a Inglaterra, que por aquel tiempo acogía a los refugiados de la persecución religiosa, entre los cuales se hallaban teólogos reformados bajo cuya dirección estudió.

En 1552 regresó a los Países Bajos, donde el número de mártires reformados a manos de Carlos V ya se acercaba a los 50 000, y se inició como predicador itinerante bajo el nombre de Agustín de Mons en las cercanías de Lille, ciudad donde fundó la Iglesia “de la Rosa”, que se reunía secretamente en casas particulares. Además de pastorearla se enfrascó en el estudio y la escritura. Publicó en 1556 su primer libro, *El báculo de la Fe cristiana*, ampliamente traducido, en el que exponía la Fe reformada y combatía los errores de Roma. Ese mismo año Felipe II reanudó la persecución y Guido tuvo que huir con sus feligreses a Fráncfort, donde se unieron a una iglesia de refugiados flamencos pastoreada por el reformador escocés John Knox. Allí conoció a Juan Calvino, que había ido a auxiliar a los refugiados franceses, quien lo invitó a continuar sus estudios en Suiza. Pasó dos años en la Academia de Lausana y aprendió griego con Teodoro de Beza, con quien pasó luego por un año a Ginebra a asistir a las conferencias de Teología.

Por fin regresó a los Países Bajos y se estableció en Doornik, cerca de Lille, donde pastoreó la Iglesia “de la Palma”, cuyo predicador había sido quemado en la hoguera y que se reunía por las casas en grupos de hasta doce personas cada vez. Ahora, ya con un ministro, la iglesia eligió nuevamente ancianos y diáconos, bautizó a los hijos de los creyentes y volvió a celebrar la Cena del Señor. Fortalecida así en su fe, la congregación llegó a incluir a algunos de los magistrados de la ciudad. En ella Guido contrajo matrimonio en 1559 y tuvo un hijo a quien puso por nombre Israel. Fue entonces que comenzó a bosquejar la *Confesión de Fe*, a la par que evangelizaba en Mons y Amberes bajo el nombre de Jerónimo.

Pero en 1561 algunos centenares de protestantes se juntaron en la plaza del mercado y bajaron por las calles cantando salmos hasta que fueron dispersados a tiros. La noche siguiente se juntaron quinientos, embozados y seguidos por una muchedumbre de curiosos, frente de la casa del vicario del obispo. Días después una de las copias impresas de la *Confesión*, con una carta abierta dirigida al Rey, fue arrojada al castillo por encima de los muros. La persecución hizo que Guido tuviera que escapar. Aun así, fue quemado en efígie en la plaza del mercado de Doornik.

En Francia fue pastor de los hugonotes en Amiens, Montdidier y Dieppe, y tuvo una hija, Sara. De allí pasó a Sedán, donde escribió algunas obras de Teología. En 1564 recibió un mensaje del príncipe de Orange para trabajar en Bruselas y luego en Metz. En mayo de 1566 fue otra vez a Amberes al primer Sínodo de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos, que adoptó su *Confesión de Fe*, que desde entonces ha guiado a los cristianos reformados del mundo. De allí partió a Valenciennes a ayudar al pastor La Granje en la Iglesia “del Águila” y comenzó a reunir muchedumbres en los cultos que celebraba a campo abierto, logrando muchos conversos entre la nobleza. A causa de ello la ciudad fue sitiada y tomada el Domingo de Ramos de 1567, mientras De Brés predicaba su último sermón en la iglesia de san Géry. Ambos pastores, permanecieron ocultos hasta que pudieron escapar el Viernes Santo, pero fueron capturados en Saint-Aman y enviados a Doornik. A pesar de los interrogatorios, las cadenas y las torturas que se sucedieron, escribió el “*Tratado sobre la Cena del Señor y la Misa*”, dedicado a los cristianos de Valenciennes. En la víspera de Pentecostés, 31 de mayo de 1567, ambos predicadores fueron ahorcados. Antes de morir Guido de Brés exhortó al pueblo a respetar a las autoridades y a ser fieles a la Palabra de Dios. Su cuerpo aguarda la resurrección en el mismo campo donde predicara en Valenciennes.



Los Saduceos

Acostumbrado a las definiciones dogmáticas que caracterizan a las religiones que conoce, más o menos superficialmente, el hombre de nuestro tiempo difícilmente puede hacerse una idea de la enorme flexibilidad doctrinal que caracterizaba al judaísmo que antecedió la época de Jesús y que existió, al menos, hasta la destrucción del Templo en el año 70 d.C. Salvo la creencia en un Dios único que se había revelado históricamente al pueblo de Israel (Deuteronomio 6, 4) y cuyas palabras habían sido entregadas en la Torah o Ley a Moisés, los distintos segmentos espirituales del pueblo judío no tenían nada que lo uniera por igual a todos. Tras habernos acercado a escribas y fariseos ahora lo haremos con los saduceos, la tercera escuela religiosa (o secta) para examinar lo que tenían de distintivo y en qué medida se podían relacionar con el movimiento originado en Jesús de Nazaret.

Al igual que sucede con los fariseos, contamos con noticias relativas a esta secta procedentes de los escritos de Josefo, de los neotestamentarios y de los rabínicos. Sin embargo, los datos con que contamos resultan mucho más limitados.

Los Saduceos en textos Extrabíblicos

Josefo los menciona, por primera vez, junto a los fariseos, en un pasaje al que ya hemos hecho referencia relacionado con Juan Hircano (Ant 13, 10, 5-6). Según el historiador judío, Juan Hircano había sido originalmente simpatizante de los fariseos pero los saduceos consiguieron convertirse en asesores suyos y que se enfrentara con aquellos.

Aparte de este pasaje, **Josefo recoge en sus obras cuatro descripciones breves de los saduceos:**

- * "El partido saduceo... sostiene que sólo aquellas regulaciones que están escritas deberían ser consideradas como válidas, y que aquellas que han sido transmitidas por las anteriores generaciones no tienen que ser observadas. Respecto a estos asuntos, los dos partidos (fariseos y saduceos) tienen controversias y serias diferencias, contando los saduceos con la confianza de los poderosos sólo pero sin que los siga el pueblo, mientras que los fariseos cuentan con el apoyo de las masas" (Ant 13, 10, 6).
- * "Los saduceos sostienen que el alma perece junto con el cuerpo. No observan nada salvo las leyes y, de hecho, consideran como virtud el discutir con los maestros del camino de sabiduría que siguen.
- * "Los saduceos, el segundo de los partidos, también rechazan el destino y apartan de Dios no sólo la comisión, sino la misma visión del mal. Mantienen que el hombre cuenta con una voluntad libre para elegir entre el bien y el mal, y que depende de la voluntad del hombre si sigue uno u otro. En cuanto a la persis-

tencia del alma después de la muerte, las penas en el infierno, y las recompensas, no creen en ninguna de estas cosas. (Guerra 2, 8, 14).

- * "Pero los saduceos niegan el destino, sosteniendo que no existe tal cosa y que las acciones humanas no se realizan de acuerdo a su decreto, sino que todas las cosas están en nuestro poder, de manera que nosotros mismos somos responsables de nuestro bienestar, mientras que si sufrimos la desgracia, ésta se debe a nuestra propia falta de razón." (Ant, 13, 5, 9)

De los detalles suministrados por Flavio Josefo pueden deducirse las siguientes características relacionadas con este grupo:

1. Sólo creían en la Ley de Moisés como Escritura canónica.
2. Rechazaban las tradiciones humanas como vinculantes y, especialmente, las de los fariseos.
3. No creían en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección ni en el infierno.
4. Sostenían la existencia de un libre albedrío y de una responsabilidad del hombre por lo que le aconteciera.
5. Estaban constituidos fundamentalmente por gente de clase alta, lo que eliminaba considerablemente la solidaridad entre ellos.

En cuanto a la literatura rabínica es muy parca en sus descripciones de los saduceos. Siempre aparecen opuestos a los fariseos en cuestiones relacionadas con regulaciones de pureza y, por supuesto, son presentados de manera negativa, pero poco obtenemos sobre su historia.

Los saduceos existieron como grupo organizado hasta algún tiempo después de la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d. de C. Tras este desastre, se vieron desplazados de la vida espiritual por los fariseos y debieron desaparecer como colectivo quizá antes del final del s. I d. de C.

Los Saduceos en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento confirma el retrato de los saduceos que nos ha llegado a través de Josefo. En Hechos 23, 6-8, se dice expresamente que "los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; mientras que los fariseos creen en la existencia de estos tres".

Tanto en el Evangelio de Marcos como en el de Lucas, la única vez que aparecen los saduceos con una posición teológica concreta es para enfrentarse con Jesús porque él sí creía en la resurrección (Marcos 12, 18; Lucas 20, 27).

El libro de los Hechos nos ha transmitido asimismo la noticia de cómo **los saduceos mantenían una fuerte relación con el control del Templo** (4, 1; 5, 17). Muy posiblemente, no todos eran sacerdotes pero sí habían sometido a su voluntad el sistema sacerdotal.

Esta vinculación de los saduceos con la vida del Templo así como su pertenencia a la clase alta explica

Historia y Actualidad

con facilidad su actitud hacia Jesús y sus seguidores. El primero no sólo se diferenciaba de ellos en creencias como las de la inmortalidad del alma, la resurrección o el infierno, sino que además disminuía el papel espiritual del Templo en la vida de Israel. Al igual que otros judíos de la época, Jesús previó que el Templo terminaría siendo arrasado (Lucas 13, 34-5, Marcos 13, Mateo 24, Lucas 21) pero vinculó tal catástrofe al hecho de que sus compatriotas lo habían rechazado. Al ser el Templo una de las claves del poder saduceo, seguramente la más importante, Jesús no podía ser visto con buenos ojos.

Pero además, el movimiento de Jesús parecía estar hallando eco en una zona como Galilea, preñada de una historia de revueltas. ¿Quién podía saber exactamente lo que pretendía? ¿Acaso no podía levantar aquello las sospechas del ocupante romano hasta el punto de llevarle a intervenir en un conflicto donde no sólo se corría el riesgo de que fuera destruido el Templo sino de que también quedara arruinado el "status" de los saduceos?

Prescindiendo de lo que pensara o no Jesús, constituía una amenaza en potencia que había que yugular cuanto antes. La iniciativa de tal medida en las altas esferas contó con un respaldo innegable (quizá decisivo) de los saduceos.

El Evangelio de Juan recoge un testimonio que refleja, sin duda, una situación real:

"Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: '¿Qué vamos a hacer? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación'. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: 'Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca'" (Juan 11, 47-50).

El hecho de que Jesús procediera además a crear un alboroto en el Templo volcando las mesas de los cambistas (Juan 2, 13 ss; Mateo 21, 12 ss y par.) sólo sirvió para precipitar lo inevitable de su muerte.



Los escribas

El término "escriba" no es del todo claro y parece referirse, inicialmente, a una labor relacionada fundamentalmente con la capacidad para leer y poder poner por escrito. Dado el grado de analfabetismo

de la sociedad antigua no es de extrañar que constituyeran un grupo específico, aunque no puede decirse que tuvieran una visión tan estrictamente delimitada como la de los fariseos o los saduceos.

Su estratificación debió ser muy variada yendo desde puestos del alto funcionariado a simples escribas de aldeas que, quizá, se limitaban a desarrollar tareas sencillas como las de consignar contratos por escrito.

Hubo escribas seguramente en la mayoría de los distintos grupos religiosos judíos. Los intérpretes de la Ley que había entre los fariseos seguramente fueron escribas; los esenios contaron con escribas y lo mismo podíamos decir en relación al servicio del Templo o de la corte. Esto obliga a pensar que debieron distar de mantener un punto de vista uniforme.

En las fuentes judías, los escribas aparecen relacionados por regla general con la Torah y resulta lógico que así sea por cuanto ellos eran los encargados de escribir, preservar y transmitir el depósito escrito de la fe judía. Esdras, que vivió en el s. IV a. de C. y que tuvo un papel de enorme relevancia en la recuperación espiritual de Israel tras el destierro en Babilonia, aparece descrito en el libro que lleva su nombre precisamente como escriba (Esdras 7, 6).

Con todo, la literatura rabínica dista mucho de presentarnos una imagen homogénea de ellos. En ocasiones resultan copistas y en otras aparecen como expertos en cuestiones legales.

Esta misma sensación de que eran un grupo diverso que se extendía por buen número de las capas sociales es la que se desprende de los escritos del historiador judío del s. I d. C., Flavio Josefo. Este autor nos habla tanto de un cuerpo de escribas del Templo que, prácticamente, equivalía a un funcionariado (Ant, 11, 5, 1; 12, 3, 3) como de algún escriba que pertenecía a la clase alta (Guerra 5, 13, 1).

El retrato contenido en los Evangelios armoniza con estas fuentes por cuanto se refleja la misma diversidad. En algún caso, los escribas están ligados al servicio del Templo (como nos informa Josefo), en otros aparecen como intérpretes de la Ley (como en las fuentes rabínicas) e incluso, aunque en general parecen haberse opuesto a Jesús, conocemos por lo menos un caso en que un escriba coincidió con él en lo relativo a cuáles eran los mandamientos más importantes (Marcos 12, 28-34).



Los esenios

Junto a los fariseos y los saduceos existió una secta en la Judea de la época que, aunque desprovista de la importancia de estos, presenta rasgos de cierto interés para la historia del periodo y del cristianismo primitivo. Me estoy refiriendo a los esenios.

Dónde pudo originarse el nombre es algo sometido todavía a controversia. Para algunos, el mismo no es sino la forma griega de "jasya" (piadoso, santo) mientras que otros lo han relacionado con "asya" (sanador), lo que podría encajar en su identificación con los "Zerapeute" (sanadores), una comunidad de vida aislada a la que se refiere Filón (De vida contemplativa, 2 ss) como "adoradores" de Dios.

Las referencias que tenemos a los esenios aparecen en una pluralidad de fuentes.

Historia y Actualidad

Plinio nos da noticia de ellos en su *Historia Natural* 5, 73 (escrita entre el 73 y el 79 d. C.), al hacer referencia al Mar Muerto. De ellos nos dice que "En el lado oeste (del Mar Muerto)... viven los esenios... Viven sin mujeres (porque han renunciado a toda vida sexual), viven sin dinero, y sin ninguna compañía salvo la de las palmeras".

El hecho de que Plinio parezca además situar en su pasaje Engadi al sur del enclave esenio ha llevado a algunos autores a identificar a éste con Jirbet Qumran, lo que tiene una enorme trascendencia.

Filón de Alejandría nos ha dejado dos relatos de los esenios. Uno de ellos, el más largo, se encuentra en su obra "Todo hombre bueno es libre", y el otro, más breve, forma parte de su apología en favor de los judíos denominada *Hypothetica*.

En su relato más largo, Filón calcula el número de los esenios en unos cuatro mil, y los describe habitando en aldeas donde obtienen el sustento de la agricultura y dedican gran parte de su tiempo a cuestiones religiosas como la interpretación de las Escrituras. Su propiedad era comunitaria. Se abstendían de los sacrificios de animales, de hacer juramentos, de realizar el servicio militar y de la actividad comercial. No poseían esclavos, se ocupaban de aquellos de sus miembros que ya no podían trabajar a causa de la edad o la enfermedad, y cultivaban todo género de virtudes.

En su noticia más breve, Filón añade que sólo admitían adultos en su comunidad, y que practicaban el celibato ya que las esposas y los hijos distraen la atención del hombre.

Josefo se refiere a los esenios en *Guerra* 2, 119 ss; *Ant* 18, 18 ss; y *Ant* 13, 171 ss. Su retrato de los esenios es más detallado que el de Filón y además se centra en testimonios que, al menos en parte, debieron ser de primera mano, ya que en su *Vida* 10 ss, nos habla de que conoció a los esenios cuando era joven.

Según Josefo, los esenios vivían esparcidos por todas las ciudades de Palestina (incluso en Jerusalén) y practicaban la hospitalidad entre ellos. Cabe la posibilidad de que, quizá, en las ciudades vivieran en algún tipo de fraternidad.

Creían en la predestinación y en la inmortalidad del alma. Presentaban sus sacrificios en el Templo de Jerusalén pero de acuerdo a su propia normativa. Se dedicaban totalmente a la agricultura. Tenían todas las cosas en común. No se casaban (es interesante, no obstante, señalar que, según Josefo, existía también un grupo de esenios que sí permitían el matrimonio) ni tenían esclavos, y contaban con administradores que se ocupaban de controlar los productos del campo, así como con sacerdotes que supervisaban la preparación del pan y de otros alimentos.

Cualquiera que deseara entrar en el colectivo, debía pasar por un periodo de prueba de tres años. Al final del primero se admitía al novicio a la purificación ritual con agua, pero sólo al término del trienio podía tomar parte de la comida comunitaria, tras pronunciar un conjunto de juramentos solemnes relacionados con su nuevo estado.

La pena por infringir las normas del grupo era la excomunión que implicaba, en realidad, condenar a morir de hambre al penado por cuanto no podía comer alimentos no supervisados ni recibirlos de sus antiguos compañeros.

Josefo también nos relata lo que constituía la actividad cotidiana de este colectivo. Sus miembros se levantaban antes del amanecer y oraban en dirección a oriente (algo inusual en los judíos), sin poder pronunciar palabra antes de terminar las plegarias. Después, salvo los sábados, marchaban a trabajar hasta el mediodía aproximadamente. Entonces se reunían en el centro comunitario, se bañaban y entraban en el refectorio vestidos con sus hábitos de lino. La comida era precedida y concluida por una acción de gracias pronunciada por un sacerdote y el comportamiento de los asistentes (sólo los miembros de pleno derecho) estaba presidido la sobriedad. La secta contaba con cuatro rangos diferentes y sólo se podía hablar conforme a las normas relativas a los mismos. Tras la comida, los esenios abandonaban sus hábitos blancos, volvían a vestirse con sus ropas de trabajo y continuaban en sus labores hasta la tarde. Después se reunían para otra comida en la que sí podían estar presentes los visitantes y los extraños.

No usaban el aceite por considerarlo impuro (¿quizá porque lo consideraban un artículo de lujo?), evitaban los juramentos (salvo los pronunciados en su iniciación), y tenían fama de interpretar a los profetas, hacer predicciones acertadas y conocer las propiedades médicas de diversos productos.

Hipólito se refiere también a los esenios en el noveno libro de su obra *Refutación de todas las herejías*, escrita en los primeros años del s. III. Este autor coincide con Josefo en buen número de datos pero parece haber contado con una fuente independiente de información que le permite corregir y suplementar al autor judío. Según Hipólito, los esenios se habían dividido a lo largo de su historia en cuatro partidos diferentes, uno de los cuales era el de los zelotes o sicarios. Como veremos en el próximo apartado, esta afirmación resulta discutible pero no puede negarse el que algunos esenios optaran por una postura tan opuesta a los no judíos que algunos los confundieran con los zelotes. Por otro lado, sabemos que hubo un rebelde judío en la guerra contra Roma llamado Juan, cuyo origen era zelote (*Refutación* 9, 21).

Historia y Actualidad

Los zelotes no utilizaban monedas con la efigie del emperador o de ningún otro hombre, porque consideraban que el mismo acto de ver una cosa semejante era una forma de idolatría. Sabemos por el Talmud de Jerusalén (Abodah Zarah 3, 1) que Nahum de Tiberiades, que no era zelote sino fariseo, jamás miró en su vida la imagen de una moneda, pero en la literatura rabínica tal caso es excepcional, mientras que entre los esenios parece haber sido la regla.

Resulta también interesante señalar que Hipólito afirma que los esenios creían en la resurrección además de en la inmortalidad del alma (Josefo no nos ha transmitido el primer dato).

La existencia de los esenios como colectivo no parece que pueda situarse más atrás de mediados del s. II a. de C. No hay referencias a los mismos en el Nuevo Testamento y no parece que tuvieran el más mínimo contacto con Jesús. De haber sido así, como aconteció con los fariseos, las relaciones no hubieran sido cordiales dada la enorme diferencia de perspectivas existentes entre ambos. Jesús no sólo distó de ser un asceta (de hecho, se le acusó de glotón y borracho) sino que además no parece haber tenido el más mínimo interés por recluirse en una comunidad concreta o conceder importancia al sacerdocio.

Cuestión muy debatida en las últimas décadas es la de si puede identificarse a la comunidad de Qumrán con los esenios. Analizaremos ese aspecto, pero antes tenemos que ocuparnos de otro colectivo de enorme trascendencia en los años inmediatamente anteriores a la destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 d. de C. Me estoy refiriendo a los zelotes, que estudiaremos en el próximo artículo de esta serie sobre "El contexto religioso de los Evangelios".



La secta de Qumran

La literatura sobre Qumran es extensísima. El descubrimiento de los rollos del Mar Muerto provocó en su día una auténtica conmoción por lo que representaba de acceso a una forma de judaísmo, "grosso modo" contemporánea del de Jesús. Ciertamente, Qumran constituye un testimonio de gran importancia para comprender la enorme variedad del judaísmo anterior a Jamnia, y para acceder al estudio del texto del Antiguo Testamento anterior al Masorético, pero su relevancia en relación con el cristianismo primitivo es mínima y, precisamente por ello, no nos extenderemos demasiado aquí en su detalle.

Empujados al desierto por una disputa con las autoridades del Templo, los sectarios marcharon al desierto, posiblemente, para cumplir la Torah tal y como ellos creían que debía ser obedecida y a la espera de una consumación escatológica del mundo que no se produjo tan

pronto como pensaban. Quizá el grupo se hubiera disuelto de no haber hecho acto de presencia un personaje al que los documentos de la secta denominan el "Maestro de Justicia". Este imprimió al movimiento una dirección característica que no tendió tanto a mirar hacia atrás cuando se separaron del sistema de culto de Jerusalén como hacia adelante.

El cuartel general de la secta estaba en Jirbet Qumran y allí permanecería durante algo más de dos siglos con un lapso de unos treinta años que el lugar estuvo abandonado (del 31-37 a. C. al 4 a. C. aproximadamente).

La secta estaba organizada según una jerarquía muy estricta en la que había sacerdotes, levitas, ancianos y los simples monjes. Aunque se reunían en asambleas comunitarias o sesiones de los harabbim (los muchos), lo cierto es que el gobierno efectivo formado por tres sacerdotes y doce laicos. Aparte existían los cargos de mebaqer (inspector) para controlar diversas áreas de la comunidad y sobre los distintos mebaqerim, hallamos la figura del paqid (inspector jefe).

Los baños rituales tenían una enorme importancia en la disciplina del grupo ya que aparecían ligados a ideas de pureza ritual. Los restos encontrados en excavaciones evidencian, de hecho, un cuidado escrupuloso en la conservación del agua, algo admirable en el medio desértico donde habitaban.

La propiedad era comunitaria pero no parece que existan reglas que impongan el celibato obligatorio. De hecho, se han encontrado sepulturas de mujeres y niños en la zona.

Su separación del sistema de sacrificios del Templo era total lo que encaja mal con la descripción que nos ha llegado de los esenios y, de hecho, se esperaba una consumación de los tiempos en que los "Hijos de la Luz" (los miembros de la secta) vencerían a los "Hijos de las Tinieblas", instaurándose luego un sacerdocio restaurado.

En cuanto a sus creencias, prescindiendo del acento exclusivista propio de la secta, coincidían en buena medida con la teología de los fariseos.

También ellos creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección, en la existencia de ángeles y de demonios, en el infierno, en una confrontación escatológica final y en la venida del Mesías. Para ser exactos de dos mesías, uno de los cuales debía morir. Recientemente R. Eisenman ha desafiado este punto de vista insistiendo en que se trata sólo de un mesías (The Dead Sea Scrolls Uncovered, 1993, pgs. 19 ss) pero sus argumentos no terminan de resultar convincentes.